

# V A R I A

## DON CLAUDIO EN ESPAÑA

La visita a España de don Claudio Sánchez Albornoz en esta primavera puede calificarse de acontecimiento. Acontecimiento para la Ciencia española representada por su Universidad y por sus Centros de Investigación.

El reconocimiento de la significación humana y científica del profesor Sánchez Albornoz ha encontrado expresión en los numerosos homenajes que se le han tributado en todo el ámbito nacional. De ellos se hizo eco en su día la prensa española. Ante la imposibilidad de dar aquí debida cuenta de todos, nos limitamos a destacar los celebrados por iniciativa de la Universidad de Madrid y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

El 8 de mayo, en la sede del Rectorado y en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense se rindió homenaje al antiguo rector de la Universidad de Madrid. Al acto, presidido por el entonces excelentísimo señor rector, don Angel González Alvarez, la doctora doña María Ruiz Trapero, don Alfonso García-Gallo y don Salvador Moxó, acudieron numerosos profesores y alumnos de diversos centros universitarios. En él correspondió hablar en primer lugar, en calidad de discípulo del profesor Sánchez Albornoz, a don Alfonso García-Gallo. Estas fueron sus palabras:

“Aunque pueda parecer fuera de lugar en este acto, no voy a hablar del profesor Sánchez-Albornoz, sino de don Claudio. Don Claudio ha sido, y es, mi maestro, y entre maestro y discípulo media siempre una relación entrañable, que hace inevitable esa forma de llamarle, a la vez afectiva y respetuosa. No ha de extrañar, por ello, que en estas palabras mías, cuando hable de don Claudio, se deslicen recuerdos personales; porque, no en balde, mi relación personal con él se remonta a casi medio siglo. Relación que fue muy estrecha en los primeros años, cuando él residía entre nosotros; pero que nunca se ha interrumpido, pues aun durante su larga residencia en la Argentina he tenido la oportunidad con ocasión de mis diversos viajes a ella —alguno con estancia prolongada de varios meses— de disfrutar casi a diario con su trato familiar, y de la honra inmensa de ser recibido en su casa y a su mesa.

Conocí a don Claudio hace cuarenta y seis años, una tarde de octubre, en el Centro de Estudios Históricos, que entonces tenía su sede en la

calle de Almagro. El, sin duda, no recuerda aquel primer encuentro, que yo, en cambio, nunca he olvidado. Era yo un muchacho de diecinueve años, recién terminada la licenciatura de Derecho, que soñaba con la ilusión de llegar a ser algún día catedrático de Historia del Derecho, y que, provisto de unas letras de presentación, buscaba, en quien todos reputaban maestro en la materia, la dirección necesaria. Fui acogido inmediatamente. Expuse mi pretensión de recibir una guía y deseoso de que se apreciaran mi vocación y dedicación, me apresuré a enumerar mis primeras lecturas, especialmente, las que se referían a manuales de metodología histórica, que yo consideraba reflejaban la seriedad de mis pretensiones. Don Claudio, entonces, me atajó. "El historiador —me dijo— nace, no se hace". Hablaba, sin duda, por sí mismo; él había nacido historiador, aunque luego se hubiera sometido, al máximo, al rigor de la disciplina científica. Indudablemente, no pretendió desanimarme, sino prevenirme ante el riesgo de convertirme en un artesano carente de espíritu. Que tal era su intención, se mostró seguidamente, cuando me animó a proseguir en mi propósito, encauzó mis lecturas y me invitó a asistir a su clase y oír sus explicaciones. Nunca olvidare aquella pequeña aula en el viejo caserón de San Bernardo, con un grupo reducido de alumnos. Allí descubrí, con asombro, cómo al conjuro mágico de un maestro, los documentos medievales más lacónicos se hacían parlanchines; cómo sobresaliendo de la fría y árida prosa notarial, los otorgantes de aquéllos cobraban vida, las expresiones jurídicas descubrían una realidad insospechada, y los problemas de otros tiempos se nos aparecían en toda su dimensión.

Desde su incorporación a la cátedra de Historia Antigua y Media de España de esta Universidad de Madrid, que hasta su muerte había regentado su maestro Eduardo de Hinojosa, don Claudio se había esforzado en continuar la obra de éste. Por su precario estado de salud en los últimos años de su vida, Hinojosa sólo había podido formar plenamente a unos pocos discípulos, entre los que se contaba don Claudio. Este asumió, como una herencia, la tarea que no pudo realizar su maestro. Con entusiasmo, con vitalidad y con extraordinarias dotes de atracción personal, comenzó a agrupar en torno suyo a un escogido número de discípulos. Y con ellos sentó las bases del Instituto de Estudios Medievales, que él logró crear en el Centro de Estudios Históricos. Allí se iniciaron algunos de los que hoy son grandes maestros; recuerdo, en especial, a Valdave llano y a Lacarra. Allí conseguí ingresar yo como becario en 1932, y allí comencé a tratar de cerca a don Claudio, a oír sus explicaciones sobre temas concretos, y a formularle, tímidamente, mis dudas. En una palabra, allí comencé a formarme. Tres años más tarde, don Claudio presidió el tribunal de oposiciones en que obtuve mi primera cátedra, en Murcia. Pero aún tuve la posibilidad y la suerte de continuar durante un año a su lado en Madrid hasta que nos dejó para ocupar la Embajada en Lisboa.

Logró formar don Claudio, no sólo una escuela sino también una gran

familia de estudiosos de la historia de las instituciones; una "tribu" decía él, con su siempre gráfica manera de expresarse. Escuela de la que don Claudio era el maestro indiscutido, admirado y respetado; en la que era recíproco el afecto del maestro y el de los discípulos. Pero, escuela en la que don Claudio, aun consciente de su poderosa personalidad, se complacía en mostrarse como continuador de Hinojosa; como albacea de su herencia científica. Esto constituye, sin duda, uno de los rasgos más valiosos de esta Escuela: la afirmación de una tradición científica, de una continuidad fecunda, en la que trataba de vincular a sus propios discípulos con su maestro. Continuidad que no suponía, en modo alguno, seguimiento servil de unas enseñanzas —lo que hubiera supuesto estancamiento—, sino fidelidad a unas direcciones científicas y a unos métodos de trabajo, siempre susceptibles de ampliación.

Lo que don Claudio consiguió en España lo logró también en Argentina, pese a que lo medieval carecía allí de tradición, y lo español no constituía tema de interés general, en una sociedad formada por inmigrantes de muy distinta procedencia. Ello no obstante, en su Instituto de Buenos Aires, en los reducidos locales que ocupaba en la calle de Via-monte, desde un minúsculo despacho (donde sólo cabían un buró, un sillón y una silla) en una pequeña sala rodeada de pasillos con librerías repletas de libros, consiguió despertar el interés de unos jóvenes estudiosos, atraerlos a su lado; y lo que era más difícil, mantenerlos en su línea de trabajo. Allí pude apreciar, a lo largo de muchos años, el mismo espíritu que había reinado en el Instituto madrileño; la misma devoción de sus discípulos y la insuperable maestría de don Claudio. El AHDE y los Cuadernos de Historia de España son testimonio de la labor de la Escuela en España y en la Argentina.

La continuidad de escuela que trató de conseguir, la ha logrado; aunque hoy es la escuela de don Claudio. No sólo estamos en ella los que él llama sus "hijos" científicos, sino, también, nuestros discípulos: sus "nie-tos" y aun sus "biznietos". Para todos, aun para los que no le conocen, el maestro es "don Claudio"; no, el profesor Sánchez Albornoz. La conciencia de una tradición científica nos la ha inculcado a todos; y por ello hace más de un cuarto de siglo, cuando en 1950 publiqué mi estudio sobre "El Concilio de Coyanza" —que yo reputaba mi mejor trabajo de medie-valista— quise hacerla patente dedicándolo a un tiempo, "A mi maestro, don Claudio Sánchez-Albornoz y a mis discípulos de la Escuela de Estudios Medievales de Valencia".

No voy a hablar de la obra científica de don Claudio. Esto lo hará, mejor que yo, el profesor Moxó. Pero sí, voy a referirme a un libro suyo —su primer gran libro—, del que mucho se ha hablado y muy pocos co-nocemos, porque permanece inédito. Yo tuve ocasión de leerlo, en copia mecanografiada, hace cuarenta años, por generosa condescendencia de don Claudio, nunca avaro de su saber. Se trata de la obra presentada y premiada en el concurso convocado para conmemorar el 18 centenario de

la batalla de Covadonga. Obra en la que se ocupa ampliamente de las instituciones visigodas, astures, leonesas y castellanas altomedievales. Capítulos de esta obra, ampliamente desarrollados, han visto la luz como monografías. Pero la obra de conjunto continúa inédita. Muchas veces, él lo sabe muy bien, a lo largo de todos estos años, yo le he insistido, una y otra vez, en que la publique; y otras tantas él se ha resistido a hacerlo, por un excesivo escrúpulo de perfección científica. Infundado, porque está elaborada directamente sobre las fuentes, sobre miles de documentos de toda procedencia —en su mayor parte inéditos cuando él los utilizó—, y en gran medida todavía hoy—, documentos que son analizados con minuciosidad, interpretados con rigor y fidelidad, y coordinados con genial visión de síntesis; la obra conserva hoy todo su valor. Como elaborada sobre las fuentes y no partiendo de teorías apriorísticas, no ha envejecido con las modas que en un momento dado hacen prevalecer éstas. Ciertamente, algunas de las fuentes utilizadas han sido luego objeto de aprovechamiento, algunos temas han sido estudiados con mayor amplitud. Pero no hay obra alguna de conjunto que pueda igualársele; y aún más, no creo que haya nadie capaz de intentarla, y menos de llevarla a cabo en forma parecida. Mi insistencia en su publicación, la última vez hace unos días, aquí en Madrid, creo que al fin ha vencido su resistencia. Don Claudio me habló de publicarla en plazo breve, y espero que así lo haga.

El autor de tantas minuciosas y profundas investigaciones, de tan agudas y penetrantes interpretaciones, de tan fecundas y magistrales síntesis, alejado materialmente de España —nunca en su corazón— se había convertido, para las nuevas generaciones españolas, casi en un mito, en una figura de leyenda. Mas como tal mito, en algo lejano, estimulante; pero difícil de captar en su dimensión y aun en su magisterio. Pero don Claudio no es un mito. Ante nosotros tenemos ahora a un don Claudio real, pleno de humanidad, de sensibilidad y de comprensión. En su gloriosa y lúcida ancianidad viene ante nosotros a ocupar de nuevo el puesto de maestro que siempre ha ejercido; a invitarnos a seguirle por el camino de la investigación histórica, que aunque duro y lleno de dificultades, él ha sabido allanar con el trabajo de toda una vida.

¡Gracias, don Claudio!”.

A continuación hicieron uso de la palabra el profesor Moxó para glorificar la obra científica del homenajeado, resaltando su magnitud y variedad temática y el excelentísimo señor rector, quien con emocionadas palabras destacó su labor como rector de la Universidad y catedrático. Por último, el profesor Sánchez Albornoz se dirigió a los asistentes. Sus palabras, plenas de espontaneidad, salpicadas de entrañables recuerdos y anécdotas de su largo peregrinaje por el mundo, fueron, en definitiva, una insuperable lección de vocación universitaria.

Días después, la Facultad de Filosofía y Letras, respondiendo al deseo expresado por don Claudio de conocer a los nuevos profesores de la Fa-

cultad, convocó con este fin un acto que fue presidido por el decano de Geografía e Historia, excelentísimo señor don Alberto de la Hera.

En la sede central del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, tuvo lugar el acto de imposición al profesor Sánchez-Albornoz de la medalla de Consejero de Honor de dicha Institución. Tras el acto, en el que hicieron uso de la palabra los señores presidente del Consejo, Primo Yufera, y secretario general, don Octavio Carpena, a los que respondió don Claudio con frases de agradecimiento, se entabló un animado coloquio en el que se puso de manifiesto el interés y necesidad de establecer relaciones de intercambio y ayuda científica entre el Consejo y el Instituto de Historia Medieval de Buenos Aires.

El ANUARIO no podía permanecer al margen de la presencia en Madrid de su fundador. Pocos días antes de su partida, don Claudio visitó la sede de nuestra publicación. En la reunión, a la que asistieron algunos de sus colaboradores, se expusieron y trataron cuestiones referentes a los proyectos de investigación del Instituto y orientación y problemas en torno a la publicación del ANUARIO. En este punto, ante el previsible establecimiento definitivo del profesor Sánchez-Albornoz en Madrid, se estimó la posibilidad de que asumiera de nuevo la dirección del ANUARIO. El coloquio se continuó en un restaurante madrileño. Durante la comida y la sobremesa, que se prolongó hasta muy avanzada la tarde, don Claudio se manifestó una vez más como un admirable maestro interesado por todo y por todos los que tuvimos ocasión de acompañarle.

Por ello, una vez más, desde estas páginas

¡Gracias, don Claudio!

## NUEVOS AGREGADOS DE HISTORIA DEL DERECHO

En virtud de concurso-oposición celebrado en abril del presente año, se han cubierto las agregaciones vacantes de Historia del Derecho de las Universidades Complutense y de Extremadura por los profesores D. Gustavo Villapalos Salas, D. Bartolomé Clavero Salvador y D. Gregorio Monreal Cía.

Asimismo, por concurso de traslado entre profesores agregados, don Agustín Bermúdez Aznar, profesor titular de la Universidad Hispalense desde 1974 (vid. este ANUARIO 44 [1974] 858-9), ha pasado a desempeñar la agregación de Historia del Derecho de la Universidad de Murcia.

La Redacción del ANUARIO se congratula una vez más en notificar el éxito alcanzado por sus colaboradores a la vez que expresa su confianza en la labor docente e investigadora a realizar por estos jóvenes titulares de la Universidad española.